

Nota. Funes, el memorioso. Olvido y memoria en las letras de Jorge Luis Borges.

*Un día todos los elefantes se reunirán para olvidar.
Todos, menos uno.
Courtoisie.*

Jorge Luis Borges, quien se adueñó por completo de las letras y el lenguaje, entregando uno de los legados más importantes en la historia de la literatura universal, es también objeto de análisis, conversación, estudio, etc. Su aporte, ampliamente reconocido, ha marcado generación tras generación de lectores apasionados por las entrañables ficciones y no ficciones que dejó tras de sí la figura del “desvalijador metódico de la historia universal” (González, 2019). El propósito de la presente nota es (re)descubrir a *Funes, el memorioso*. Un cuento que trasciende por cargar consigo los tormentos de la memoria y el olvido en un solo hombre.

Nada de lo que haya escrito Borges dejó indiferente a un lector despreocupado que tomó uno de sus cuentos, ensayos o poemas, esperando entretenerse o educarse. De esto se apropia Mario Vargas Llosa en su obra *Medio siglo con Borges*: “(...) una aventura del espíritu de la que los lectores salimos siempre sorprendidos y enriquecidos” (Vargas Llosa, 2020, p. 14). No es aislado el hecho que Vargas Llosa, Premio Nobel de Literatura, haya dedicado una obra a su memoria; el mito borgesiano reúne a varios autores universales para ofrecer, de común acuerdo, reconocimiento a sus aportes. Tenemos a García Márquez en la entrevista *El escritor en su laberinto*, realizada por Rodolfo Braceli, donde confesó: “Borges me intimidaba mucho. Por él siento un gran respeto y un gran asombro, ante todo. Siempre lo leo” (Braceli, 1996). Otra declaración sincera la hace Julio Cortázar en el libro *La fascinación de las palabras* donde es entrevistado por Omar Prego, escritor y periodista uruguayo:

(...) En principio soy —y creo que lo soy cada vez más— muy severo, muy riguroso frente a las palabras. Lo he dicho, porque es una deuda que no me cansaré nunca de pagar, que eso se lo debo a Borges. Mis lecturas de los cuentos y de los ensayos de Borges, me mostraron un lenguaje del que yo no tenía idea. (Prego, 1984, p. 60)

El hecho que implica entender las palabras que han escogido autores —todos galardonados e igualmente reconocidos entre sí— para describir la literatura borgesiana, sugiere complejidad incluso para maestros de la literatura. Su bibliografía intimidó al autor de *Cien años de soledad* y mostró un lenguaje desconocido al autor de *Rayuela*. ¿Qué hay para los lectores ordinarios? Probablemente enfrentarnos a su colosal figura como la vaticinada *Torre de Babel* que él nos describió. Sánchez Rivera, investigador que inclinó su tesis a encontrar la eternidad en la obra de Borges, nos dice:

Abordar la obra de Jorge Luis Borges es enfrentarse a una serie de temas y símbolos que, al ser empleados consistentemente por el autor en sus diferentes cuentos, ensayos y poemas, nos muestra su interés por conceptos abstractos o doctrinas humanas que afectan a todo lector. (Sánchez Rivera, 2015, p. 4)

Es preciso hacer énfasis en la delimitación de los temas que comprenden la obra de Borges, porque él se dio cuenta, y de esto nos habla Antonio Cajero Vázquez, que sus textos tendían a volver sobre las mismas cuestiones.

Con sobrada razón, la crítica denunció una constante en la obra borgesiana: la recurrencia de temas y procedimientos escriturarios. Borges mismo, sin embargo, lo había reconocido en múltiples paratextos: sabía que se repetía, que todo lo que había hecho estaba prefigurado en su primer libro, que ensayaba una y otra vez sobre unos cuantos temas, en fin, que padecía una propensión a autoplagiarse. (Cajero Vázquez, 2017, p.9)

Los autores que invirtieron tiempo en Borges no lo hicieron, como hemos visto, para entenderlo o encausarlo, sino en un ejercicio de disección. Encontrar recursos, elementos, contextos para darle voz a aquello que evidentemente se pierde entre las líneas del maestro. Estas breves muestras de homenaje a su memoria no son sino un llamado al *recuerdo*. Volver a esos senderos, torres, espadas, ruinas, milagros y memorias para encontrar lo que dejamos de lado en la relectura —sin importar cuántas veces hayamos visitado la obra—. Amén de lo expuesto, invitamos al lector a transitar por las páginas y ponerse frente a *Funes, el memorioso*.

La memoria cautiva al ser humano. Quizás sea por la dicotomía, a veces inevitable, del olvido-recuerdo. Tal vez tenga que ver con la búsqueda del sentido mismo de la vida. Lo cierto es que ocupa un espacio sobresaliente en la obra de grandes autores como Benedetti, que escribió un poemario llamado *El olvido está lleno de memoria*; o Eco, con sus libros *La misteriosa llama de la Reina Loana* y *El nombre de la rosa* (en el que creó un personaje inspirado en Jorge Luis Borges: Jorge de Burgos, un monje viejo y ciego, bibliotecario de la abadía). Borges, por su parte, propone una reflexión sobre la memoria y el olvido en el soneto *Everness* (Borges, Obras Completas, 1974, p. 927):

Sólo una cosa no hay, es el olvido.
Dios que salva el metal, salva la escoria
Y cifra en su profética memoria
Las lunas que serán y las que han sido.
Ya todo está. Los miles de reflejos
Que entre los dos crepúsculos del día
Tu rostro fue dejando en los espejos
Y los que irá dejando todavía.
Y todo es una parte del diverso
Cristal de esa memoria, el universo.
No tienen fin sus arduos corredores
Y las puertas se cierran a tu paso.
Sólo del otro lado del ocaso
Verás los arquetipos y esplendores.

El primer verso del poema golpea con una idea contundente: el olvido no existe. Borges utiliza palabras similares en su poema *Ewigkeit*: “Sé que una cosa no hay. Es el olvido; Sé que en la eternidad perdura y arde lo mucho y lo precioso que he perdido: esa fragua, esa luna y esa tarde”

(Borges, 1974, p. 928). El maestro nos enseña que los seres humanos estamos condenados a recordar. Cada suceso, cada idea, es parte del infinito cristal de la memoria: el universo. En aquella eternidad todo perdura, se registra para siempre, incluso más allá de la corporeidad humana.

Borges parece encantado por la memoria y el olvido. En las líneas de su poema *Anverso* (1981) —compuesto por su complemento: *Reverso*—nos dice: “El olvido, que purifica. La memoria que elige y que reescribe” (p. 68). En este caso, reivindica el olvido como una capacidad de redención del ser humano para consigo mismo. Luego, nos revela otro de los secretos —características— más seductores de la memoria humana: no es absoluta y, por ende, es capaz de elegir, de forma discrecional, aquello que considera bueno y (re)escribir la propia biografía.

Ahora bien, si de memoria y olvido se trata, el cuento que se analiza en esta nota merece especial atención. *Funes, el memorioso* (1942) es, por excelencia, la obra borgesiana sobre la memoria, el recuerdo y el olvido. El maestro nos ubica en un escenario en el que varios autores escriben —recuerdan— acerca de Irineo Funes: un hombre de prodigiosa memoria. En sus primeras líneas, Borges ya propone una reflexión. “Recuerdo (creo) sus manos afiladas de trenzado” (p. 1). En el *creo* yace una particularidad propia de la memoria humana: muchas veces, los seres humanos no recordamos las cosas, eventos y personas con exactitud. Los recuerdos permanecen en nuestra memoria y en nuestros cuerpos; sin embargo, conforme pasa el tiempo, la memoria se vuelve frágil. Quizás el cuerpo recuerda mejor que la mente, como lo dijo el poeta Pedro Salinas en su obra *La memoria en las manos*:

Hoy son las manos la memoria.
El alma no se acuerda, está dolida.
de tanto recordar. Pero en las manos
queda el recuerdo de lo que han tenido. (Salinas, 2005, p. 168)

El cuento de Borges continúa con una descripción de cómo el narrador conoce a Irineo Funes y luego nos conduce a un encuentro que fundamenta el relato en sí mismo:

No trataré de reproducir sus palabras, irrecuperables ahora. Prefiero resumir con veracidad las muchas cosas que me dijo Ireneo. El estilo indirecto es remoto y débil; yo sé que sacrifico la eficacia de mi relato; que mis lectores se imaginen los entrecortados períodos que me abrumaron esa noche. (p. 3)

En primer lugar, Irineo Funes asocia su prodigiosa memoria con un accidente que lo dejó “tullido” (p. 4). “Al caer, perdió el conocimiento; cuando lo recobró, el presente era casi intolerable de tan rico y tan nítido, y también las memorias más antiguas y más triviales.” (p. 4) Según el entender de Funes, antes del incidente era una persona normal, común y corriente, que había vivido olvidando casi todo. Luego de caer, “sintió que la inmovilidad era un precio mínimo. Ahora su percepción y su memoria eran infalibles” (p. 4). Borges explica la increíble —inhumana— memoria de Funes mediante ejemplos: “sabía las formas de las nubes australes del amanecer del 30 de abril de 1882 y podía compararlas en el recuerdo con las vetas de un libro en pasta española que sólo había mirado una vez (...)” (p. 4). Por supuesto, la memoria de Funes va más allá de lo común. Sus recuerdos son sumamente complejos y es capaz de (re)construir los (entre)sueños.

A propósito de la reconstrucción, la memoria se presenta ante la persona como una posibilidad de reconstruir su propio ser, su existencia. En su texto *La misteriosa llama de la Reina Loana*, Eco cuenta la historia de Yambo, un hombre que, debido a un ataque cardíaco, pierde parte

de su memoria. Yambo comienza la búsqueda por reconstruir su memoria y, con ello, dar sentido a su propia existencia. Funes, a partir de un accidente, adquiere la memoria perfecta; Yambo, a partir de un accidente, la pierde. Esta irónica comparación nos permite comprender que Funes puede hacer aquello que tanto le cuesta a Yambo, y a miles de personas alrededor del mundo, sin ningún esfuerzo: recordar. Pero Funes no recuerda como un ser humano más. Funes recuerda absolutamente todo.

Esto nos devuelve a la primera oración del cuento. El narrador nos confiesa: “Recuerdo (yo no tengo derecho a pronunciar ese verbo sagrado, solo un hombre tuvo derecho y ese hombre ha muerto)” (p. 1). De esta forma, Borges sentencia que *recordar* contiene un actuar casi divino por la complejidad que comprende estirar las paredes de la memoria y traer de vuelta la nitidez del pasado. Asumir que *recordar* (en la medida que solo Funes puede) sería propio de un Dios. Esto es imposible para los demás y Borges da fe con su sello. El testimonio sobre Funes siempre está antecedido por un frío, mortal, y seguro “creo”.

El relato sobre Irineo Funes continúa: “Dos o tres veces había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero” (p. 4). En estas líneas se observa, quizás por vez primera, la memoria de Funes como una condena; hace que pierda días de su vida recordando otros días por completo. A diferencia de las demás personas, que pueden recordar —en la medida de sus posibilidades— momentos específicos de sus vidas, sentimientos o personas, Funes está condenado a recordar todo. No puede hacer lo que los demás hacen sin esfuerzo alguno: olvidar. Normalmente, las personas escriben para no olvidar. Diarios, ensayos, libros, fechas, números, se immortalizan a través del puño y letra del ser humano. Para Funes, esto no es necesario:

Me dijo que hacia 1886 había discurrido un sistema original de numeración y que en muy pocos días había rebasado el veinticuatro mil. No lo había escrito, porque lo pensado una sola vez ya no podía borrarse. (p. 5)

Más adelante, la historia de Funes se complica todavía más. Su increíble memoria —en el sentido más literal de la palabra— hace que ponga en duda los conceptos más básicos de la lingüística y el lenguaje. “Funes proyectó alguna vez un idioma análogo, [se refiere al idioma imposible de Locke, en el que cada cosa individual, cada piedra, cada pájaro y cada rama tuviera un nombre propio] pero lo desechó por parecerle demasiado general, demasiado ambiguo” (p. 5). Pongamos esta idea en palabras sencillas: Locke pretendió desafiar la abstracción del pensamiento. Los seres humanos utilizamos conceptos generales, simbólicos, para nombrar cada objeto —ente— sobre la Tierra. La palabra *perro* permite identificar a todo animal que cumpla con sus características más generales: caminar en cuatro patas, jadear, etc. El razonamiento humano nos permite abstraer el concepto e identificar a todos los perros sin confundirlos con los gatos; por su parte, la palabra *perro* hace que no debamos nombrar a cada uno de manera diferente, ¡eso sería una locura! Locke pretendió —sin éxito— nombrar a cada perro del mundo de manera diferente. Funes piensa que el idioma de Locke es demasiado general y ambiguo. “En efecto, Funes no sólo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado” (p. 5).

Nos dejan vislumbrar o inferir el vertiginoso mundo de Funes. Éste, no lo olvidemos, era casi incapaz de ideas generales, platónicas. No sólo le costaba comprender que el símbolo genérico perro abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversa forma; le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente). (p. 5)

El *don* de Funes lo obliga a reestructurar el sistema arábigo de números, porque, como no podría ser de otra forma, le parecía absurdo.

Su primer estímulo, creo, fue el desagrado de que los treinta y tres orientales requirieran dos signos y tres palabras, en lugar de una sola palabra y un solo signo. Aplicó luego ese disparatado principio a los otros números. En lugar de siete mil trece, decía (por ejemplo) Máximo Pérez; en lugar de siete mil catorce el ferrocarril. (p. 5)

Enseguida, el testigo hace ver a Funes lo absurdo de su propósito. Borges no deja dudar al lector sobre si este ingenioso organigrama podría llegar a funcionar; directamente menciona que nuestra calidad de humano, cómodo, perezoso, débil, resuelve con la tranquilidad de saber que la tarea de pensar en nombrar lo infinito, está en manos de alguien más —de Funes—. Y es la propia condición divina de *recordar* lo que hace a la propuesta de Funes obsoleta. “Yo traté de explicarle que esa rapsodia de voces inconexas era precisamente lo contrario de un sistema de numeración. Le dije que decir 365 era decir tres centenas, seis decenas, cinco unidades (...) Funes no me entendió o no quiso entenderme” (p.5). Entender es detenerse a pensar. Una condición humana, no divina, y por lo tanto una condición de la que Funes carece.

La idea de que la memoria de Funes es más bien una condena se refuerza en los últimos párrafos del cuento. “Le era muy difícil dormir. Dormir es distraerse del mundo; Funes, de espaldas en el catre, en la sombra, se figuraba cada grieta y cada moldura de las casas precisas que lo rodeaban” (p. 6). Borges plantea una disyuntiva: la memoria de Irineo Funes hacía que no quiera —ni pueda— perderse ningún detalle de la existencia, al punto de no permitir que concilie el sueño. El relato continúa:

Había aprendido sin esfuerzo el inglés, el francés, el portugués, el latín. Sospecho, sin embargo, que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos. (p. 6)

En estas líneas se muestra la memoria de Funes como su calvario. Borges nos recuerda que pensar —razonar— es pasar constantemente de lo general y abstracto a lo concreto y específico. Funes, prisionero —cautivo— de su memoria, no es capaz de pensar. Su mundo, su realidad, se compone de detalles inmediatos; cuando tenga ganas de pensar por sí mismo, su martirio lo obligará a recordar, una y otra vez, para siempre.

En el último párrafo del cuento se reivindica a Funes, antes de revelar la fecha y causa de su muerte —1899, congestión pulmonar—. Luego de pasar la noche escuchando sus relatos, el

amanecer permite que se vea el rostro de Irineo: un joven de 19 años. “Me pareció monumental como el bronce, más antiguo que Egipto, anterior a las profecías y a las pirámides. Pensé que cada una de mis palabras, (que cada uno de mis gestos) perduraría en su implacable memoria” (p. 6). Funes simboliza la historia de la humanidad, el registro de cada una de las cosas y personas que habitan el planeta. En su implacable memoria yacen, protegidos, los recuerdos de todos los quiénes y todos los porqués.

Lo eterno, lo infinito... la desolada virtud del conocimiento dejó a Funes recordando hasta el día de su muerte y a Borges —si acaso— ciego por saber demasiado. El parnaso borgesiano que ampara todo lo que sabemos sobre las virtudes del recuerdo nos ofrece un vacío del que ya profesó Heráclito cuando sollozó sobre la entropía como finitud. La memoria se levanta como Atlas bajo el mundo, sosteniendo el final de todo y dando inmortalidad donde el espíritu se bifurca. Ese *verbo sagrado* encarna a Hércules en la tragedia de Eurípides, quien en lugar de defender el cuerpo de Alceste ante la muerte, defiende los caudales de la remembranza y las arrugas del tiempo a la posibilidad de dejar de existir en el recuerdo ajeno.

El maestro, en el prólogo de su libro *Obras Completas I* menciona: “(...) Mis obras completas, ahora, reúnen la labor de medio siglo. No sé qué mérito tendrán, pero me place comprobar la variedad de temas que abarcan. La patria, los azares de los mayores, las literaturas que honran las lenguas de los hombres, las filosofías que he tratado de penetrar (...)” (Borges, 2011, p. 7). Tratándose de él, que reconocía las palabras desde su génesis, es preciso recalcar que la vida la dedicó, en parte, a honrar el lenguaje. *Funes, el memorioso* es, además de una tragedia entretenida y fuente de enriquecimiento, un ejercicio lingüístico. Reconocido por Cortázar al utilizar las palabras como ningún otro autor en la historia del castellano, enseñando construcciones semánticas únicas en su registro.

Esta nota fue un intento de volver sobre los pasos de lector. Sobre aprovechar la virtud —humana, ante todo— de la que Funes carece: el olvido. Acudir a un empolvado y maravillado recuerdo sobre la historia que narra Borges en apenas seis páginas. Encontrarnos de nuevo la prosa del maestro que nos trajo la idea —pasional— de explicar lo que sentimos cuando volvimos a presenciar la apoteósica memoria de Irineo. Esperamos que usted haya encontrado, sino el mismo sentimiento que nosotros, una aproximación (de la que nunca se ha escrito suficiente) a la literatura borgesiana. Aquella mítica fuente de conocimiento que llenó de miedo a algún dios cruel para privarle de la vista al maestro. Y que cometió el error de dejarlo con una voz llena de vigor y una memoria a la par del implacable Funes. Un hombre, un mito, que, de no encarnar a Jorge Luis Borges, tendría que *ser* Babel.

Referencias

- Borges, J. L. (1944). *Funes, el memorioso*. Buenos Aires: Emecé.
- Borges, J. L. (1974). *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé.
- Borges, J. L. (2011). *Obras Completas I*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Braceli, R. (06 de 03 de 2012). AM750. Recuperado el 13 de 05 de 2021, de <https://www.victorhugomorales.com.ar/recomendaciones/el-escriptor-en-su-laberinto-entrevista-a-gabriel-garcia-marquez-realizada-por-rodolfo-braceli-en-1996-para-la-revista-gente/>
- Cajero Vázquez, A. (2017). *El texto y sus contextos: Borges recicla a Borges*. San Luis Potosí: El colegio de San Luis Potosí .

- Eco, U. (2005). *La misteriosa llama de la reina Loana*. Barcelona: Lumen.
- Frye, N., & Durbán Sánchez, R. (1973). *La estructura inflexible de la obra literaria: ensayos sobre crítica y sociedad*. Madrid: Taurus.
- González, H. (2019). *Borges: Los pueblos bárbaros*. Buenos Aires: Colihue.
- Noyola, E. (2009). *Lo kafkiano de lo borgesiano*. Letras Libres, Portal Digital.
- Prego, O. (1985). *La fascinación de las palabras: Conversaciones con Julio Cortázar*. Barcelona: Muchnik Editores.
- Rojas C, C. E. (2011). Borges: Una textualidad del encuentro. *Perífrasis*, Vol. II. Nro. 4, 55-70.
- Salinas, P. (2005). Poesías Completas. En M. Escartín Gual, *Pedro Salinas Largo Lamento* (págs. 168 - 170). Barcelona: Crítica.
- Sánchez Rivera, J. A. (2015). *Borges sueña a Borges: Análisis de la eternidad en el cuento "El otro"*. San Juan: Universidad del Turabo.
- Sánchez Rivera, J. A. (2015). *La eternidad en la obra narrativa de Jorge Luis Borges*. San Juan: Universidad de Puerto Rico Recinto de Río Piedras.
- Semana. (08 de 08 de 2020). Revista Semana. Recuperado el 01 de 05 de 2021, de <https://www.semana.com/libros/articulo/medio-siglo-con-borges-de-mario-vargas-llosa/202000/>

Nota compuesta por:

-David Mauricio Castillo Aguirre

dmcastilloa@profesores.uhemisferios.edu.ec

Docente Investigador, Universidad Hemisferios, Ecuador.

-Damián André Granda Vélez

dagrandav@estudiantes.uhemisferios.edu.ec

Estudiante/Asistente de investigación, Universidad Hemisferios, Ecuador.